

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En una de estas crónicas, recientemente, hablé de Anatolio France, con motivo de haberse mezclado el famoso escritor francés en lo que ni le va, ni le viene, ni entiende, ni le importa (en realidad, y dada su condición de *ironista*) tres caracoles. Entonces agoté las fórmulas de la consideración y de la cortesía, porque así debe hacerse cuando nos dirigimos a alguien manifestándole opiniones que no engranan con las suyas, pero no queremos que el disentiendo se revista de un tinte de ataque y disputa imperitine. Y he aquí que lo deploro, porque si entonces sospechase yo que el autor de *La isla de los Pingüinos* iba a borrarse de una Sociedad científica porque esta Sociedad, a su requerimiento, no expulsa al rey Alfonso XIII..., vamos, no me tomo la molestia de ponerme guantes, ni de saludar al adversario. Quien incurre en tales extravagancias es irresponsable, pero la irresponsabilidad mental no da derecho sino a compasión; los respetos que al intelectual se tributan son de otra naturaleza.

Y lo peor es que aquí no podemos aplicar la teoría de Lombroso, sobre el estrecho consorcio del genio y la locura; porque yo, según decía entonces, jamás tuve por genio a Anatolio France. Por desequilibrado tampoco, hasta la fecha. Y es probable que no lo sea, que esté en su juicio y que se trate de una *pose*, achaque tan francés; de un hacer del loco y del furioso, parecido al de don Quijote en la Sierra, cuando, por imitar a Amadís, se queda en paños menores y da zapatetas en el aire. Estos que parecen lunáticos, cuando no les ven, se acuestan temprano, porque no les haga daño la luna.

Siempre había yo deseado saber, si tal punto pudiese averiguarse, en qué lugar del planeta habían situado, primero Wolfrango de Eschenbach y luego Wágner, el castillo de Monsalvato, donde se alza el místico templo del santo Grial. Y juraría que era en España; y acudía a mi mente el nombre de Uclés, donde los Templarios españoles se defendieron tan bravamente; porque la leyenda del Grial está unida estrechamente a la historia de la destruida Orden. También, en un pueblecito de Portugal, Thomar, donde se conservan el convento y la iglesia de los caballeros de Cristo y existe el santuario redondo, de extrañísima oriental arquitectura, me pareció que resonaban los temas de Parsifal, sin que en todo ello existiese más que un relampagueo de la imaginación, empeñada en desgarrar las tinieblas del pasado.

Leo la historia del Santo Grial, y me admiro de los errores que el más consultado de los Diccionarios Enciclopédicos, el Larousse, comete al referirla. Como que confunde el Grial, vaso donde José de Arimatea recogió la sangre del divino costado, con el *Sacro Catino*, que no es copa, sino plato, y que nada contiene ni contuvo nunca, siendo la base de su celebridad el suponerse que había servido al Señor en la Santa Cena y el afirmarse que estaba tallado en una inmensa esmeralda. Ignoro si es cierto lo primero, pero lo segundo es falso, como suele suceder en todas estas leyendas de esmeraldas enormes, empezando por las célebres de Cortés. Que sirviese

ó no en la Cena, es asunto al cual no quita ni pone el hecho, señalado por Larousse, de que el plato pertenecía a la antigüedad pagana. Claro es que a ella había de pertenecer, porque es la época en que Cristo vivió. Y esto no es aventurarse a defender la autenticidad del *Sacro Catino*.

Volviendo al Grial, su leyenda se enlaza con la personalidad fantástica de un rey Perilo que pudo ser Perion de Gaula, no menos imaginario, y evoca el nombre de aquel Cristián de Troyes, autor de *Perseval* ó el *Cuento del Grial*, que sacó de un libro anglonormando y que dió origen a tantas imitaciones y continuaciones. Poco a poco el Grial, símbolo sublime, empieza a atraer a la humanidad con el señuelo del misterio, del ideal caballeresco y religioso. Era el talismán por excelencia, pero lo era sólo para los puros, los que estuviesen en gracia y fuesen caballeros en todos sus actos y en el ilustre origen de su estirpe. Porque el Grial es aristocrático, y sus *templistas* no se reclutan sino entre los hazañosos y bien nacidos. Ni mancha de villanía, ni mancha tampoco de pecado: el apasionado Lanzarote no triunfa en la demanda del Grial, y su conquista está reservada a Perceval ó *Parsifal*, de conciencia clara como el diamante.

La idea del Grial se quintaesencia en Wolfrango de Eschenbach, el gran *minnesinger*, vencedor en el torneo de la Warburga. Su poema imprime a la antigua leyenda armoricana todo el sentido profundísimo, de amor y redención, de elevación de los escogidos por cima de la vil muchedumbre, entregada al instinto y a los apetitos, indigna, no ya de tocar, pero ni aun de ver el precioso vaso. Quien no sea cristiano, no lo ve; y para verlo bien, es necesario tener el alma transparente como el cristal, y además ennoblecida por el heroísmo. Por eso los caballeros, a quienes la contemplación del vaso presta eterna juventud, fuerza sobrenatural en los combates, tienen el deber de impedir que ojos profanos se posen en la reliquia, y velan con cuidado exquisito para que nadie se acerque. Este es el objeto de la orden de los Templistas, que defiende el castillo de Monsalvato.

Y Monsalvato..., ¿dónde se encuentra? He aquí que un distinguido hispanófilo, Havelock Ellis, emite la idea de que Monsalvato no es sino Monserrate.

Al noticiárnoslo—la nueva me parece interesante para Cataluña—Havelock Ellis hace notar, como indicio confirmatorio, que no lejos de Monserrate, en la catedral de Valencia, se conserva un cáliz, tallado en sardónica, que pertenece a la época del Imperio Romano, y se cree haber sido el cáliz de la Santa Cena.

Sobre este cáliz, he aquí lo que dice Teodoro Llorente, en su obra *Valencia*:

«Allá por los siglos XIII y XIV, había en el monasterio celeberrimo de San Juan de la Peña un precioso cáliz, que era, según la tradición, el de la Cena del Señor. Ansíó poseer prenda tan venerable el piadoso rey D. Martín, y después de muchas instancias logró que se lo cedieran los monjes. Llevólo en 1339 a su palacio zaragozano de la Aljafería, y allí estuvo, hasta que habiendo guardado D. Alfonso V los restos de San Luis de Tolosa en el del Real de Valencia, parecióle bien reunir otras reliquias de la Corona, y mandó trasladar al mismo alcázar el Santo Cáliz y algunas más. Teniendo que partir de Valencia, depositólas en la sacristía de la catedral, y como depósito las conservó el cabildo hasta que el mismo monarca, desde Italia, le hizo donación de ellas.» Y añade Llorente: «Hasta aquí, lo histórico.» Lo tradicional es como sigue: el Santo Cáliz fué llevado a Roma, desde Jerusalén, por los discípulos; San Lorenzo, el mártir aragonés, amenazado de tener que entregar al César los tesoros de la Iglesia, lo envió a Huesca, su patria; los cristianos de Huesca lo ocultaron, para salvarlo de los árabes, en la cueva del famoso monasterio; lo demás, ya es sabido.

Ni la tradición ni la historia parecen inverosímiles; en cuanto al cáliz, que siento impulsos de llamar el Grial..., lo he tenido en las manos, lo he examinado despacio, y debo decir que me parece posterior a la época que se le atribuye; quizás del primer periodo bizantino. Es un suntuoso cáliz de cornalina, incrustado de perlas, rubíes claros y esmeraldas. El pie y las asas son de oro cincelado. Lo encuentro además sobrado espléndido para la humilde y sublime Cena.

Y la imaginación lo deplora, porque ¡qué hermoso sería poseer el Grial y Monsalvato, el Cáliz de la Cena y la montaña «en tierra desconocida», donde Amfortas sufrió la herida sagrada que sólo se cura con la divina Sangre!

Habla Havelock Ellis. «Cuando verificamos nuestra ascensión más allá del santuario y de Monserrate, hasta la enorme breña por donde dicen que se rajó la montaña a la hora de la crucifixión, y pasamos por la fantástica hilera de riscos que han recibido el nombre de *custodios del Santo Grial*, hemos visto la

relación que enlaza al Monserrat verdadero con el fantástico Monsalvato. Había que conformarse con que tan sublime símbolo haya sido llevado a un lugar invisible, y que el Santo Grial tenga su único inmortal santuario en la imaginación de los hombres.»

Si es cierto que las antiquísimas tradiciones referentes al Grial, a sus caballeros (acaso los Templarios, los que se ceñían los lomos con faja de blanco lino en señal de pureza), se han de buscar en España, y en Monserrate..., será una belleza añadida a tantas como ofrece al viajero algo romántico (y el que no sea romántico, ¿para qué viajar?) el país más fecundo en poesía, más sugestivo, de Europa.

Nuestros Templarios no aparecen infamados por el estigma que les lanzaron a la frente en otros países, en los cuales tampoco es seguro que la merecieran. Continúan siendo un irritante enigma de la historia, algo que no se explicará nunca, y que ni aun motivo da para controversia, toda vez que no hay documentos en qué fundarla. Lo que resulta es que los reyes necesitaban dinero, y el modo de procurárselo, seguro y pronto, era una gran confiscación. Allí estaba el Temple y sus inmensas riquezas. No había Orden tan poderosa. Y así, el monedero falso, Felipe el Hermoso, se dió a infamar a la Orden, antes de asesinarla. En Francia era más fuerte que en parte alguna del mundo; un tercio del recinto de París le pertenecía; los Templarios tenían derecho de asilo, y en aquella Torre del Temple, que quién sabe si por una severa expiación histórica presencié el calvario de la realeza, era donde la Orden celebraba sus capítulos generales y expedía instrucciones a sus provincias, Castilla, Aragón, Portugal, Mallorca, Alemania, Italia, Irlanda é Inglaterra—dondequiera que flotase el blanco manto con la roja cruz.—La fuerza de aquella milicia guerrera y monástica estaba en la terrible consigna de no dar cuartel, de aceptar siempre el combate contra enemigos tres veces superiores; en su ardor sanguinario, en sus atezados rostros que el sol y el hierro del casco curtían. Eran los cruzados eternos. En las batallas, reclamaban por derecho propio la vanguardia. El misterio rodeaba sus iniciaciones secretas, sus ritos dramáticos, simbólicos. El Grial proyectaba sobre la Orden su sombra de ensueño. Un historiador, que ha sentido la belleza de la Orden, cree que la culpa de su pérdida debe achacarse al prosaísmo del siglo XIV, que no comprendía el romántico y místico enigma de la Orden, poseedora de una religión más alta, de un santuario más allá del santuario. «La Iglesia—dice—era el templo de Cristo, y el Temple, el del Espíritu Santo.» Y son las doctrinas interiores del Temple las que inspiran los poemas medievales, el heroico y piadoso viaje en demanda del Santo Grial, cuya vista prolonga la vida humana quinientos años, y alrededor del cual, espada al puño, vela el templista, que es la idealización del Templario, su expresión más bella y caballeresca. Había también, en Felipe el Hermoso, un odio personal a la Orden, que no le había querido admitir en su seno. Y como ya no tenía judíos a quienes expoliar, decidió despojar a los opulentos Templarios.

Para lograrlo, había que calumniarles primero, torturarlos y matarlos después. Y fué lo que se hizo; y se hizo con la crueldad y la traidora malicia que la historia reconoce, aun cuando esté escrita por enemigos de la Orden.

Se les acusó de adorar ídolos y, colmo del absurdo, de prestar culto a Mahoma, cuando ni los mismos mahometanos se lo prestan. Otras acusaciones más enormes si cabe, como la de escupir sobre la cruz, no ofrecen verosimilitud mayor. Se les aplicaron horribles torturas, y en ellas confesaron muchos lo que se quería hacerles confesar. A pesar de todo, del proceso no salió bien probado nada; pero no por eso dejaron de ser quemados cincuenta y cuatro, protestando de su inocencia en la hoguera misma. Sólo los tormentos, inimaginables, arrancaron declaraciones que se aprovecharon como si fuesen verdad. Hubo uno que, arrojándose ante los jueces, exclamó: «No me torturen, no me quemen, porque yo, que jamás he tenido miedo en las batallas, ante el tormento diré las mentiras que se me exijan; diré, si queréis, que los Templarios hemos matado al Salvador.» Y el gran maestro del Temple, sin fórmulas judiciales, fué quemado en una islla del Sena...

Este trágico episodio del final de la Edad Media ha vuelto a mi memoria al leer la atribución de Monsalvato a Monserrat. El Grial, el símbolo de los símbolos, me ha evocado las desventuras trágicas de sus custodios y defensores. Y mientras la frase honda y patética de Lohengrin y las lamentaciones de Amfortas gimen en mi alma, pienso que los Templarios han sido bien vengados, si es cierto que de ellos procede la francmasonería.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.